

## Modalidad A: Relato

### LAS DOS CARAS DE LA LLUVIA

Anduvimos en silencio, entre los charcos, ella como una niña triste, magullada, envuelta en un mugriento poncho a juego con su alma y yo, como lo que soy, un idiota sosteniendo un paraguas imaginario. Y paseamos sin prisa, muy juntos, empapándonos bajo nuestro refugio inventado. Ella a veces sollozaba y se rozaba el amoratado pómulo contra mi hombro. Y mi cuerpo temblaba de frío e impotencia por no saber qué le habría sucedido y comprender que cualquier palabra sobraba. Y así anduvimos varias horas, sollozantes, temblorosos, escuchando el estallar de las lágrimas en los charcos, dando vueltas a la misma manzana puesto que yo seguía sin brújula y ella se dejaba llevar mientras la lluvia nos purificaba furiosamente.

Empezamos a subir las escaleras de mi casa, sintiendo el oscilar de las almas en el estómago, lentamente, poniendo atención en cada movimiento de aquellos cuatro zapatos mojados que subían a destiempo.

Entramos en mi casa y las ropas querían huir de los cuerpos. Y nuestras manos, torpes, las sujetaban con desgana, sin aliento mientras yo preparaba café y nos lo tomamos aprisa, saboreándonos con los ojos. Tú querías ser amada y yo te amaba demasiado para quererte esa noche. Pero las ropas, impregnadas de deseo, pesaban demasiado y, lentamente, iban resbalándose por nuestros cuerpos hasta el suelo, donde retozaban con nuestras conciencias. Mientras tus carnosos labios, magullados, buscaban la salvación en los míos, que, temblorosos, sufrían un viacrucis para no besarte. Tú sabías que mi cura era un veneno letal a largo plazo, pero deseabas morirte esa noche entre mis brazos y, como siempre has sido una droga demasiado fuerte para mi, cuando la madrugada amenazaba con zurcir las primeras puntadas al alba la habitación se transformó en un Yin y un Yan, una lucha de dioses y titanes, y yo no podía hacer más que ser testigo pasivo de tu furioso cabalgar contra el día, contemplarte en todo tu esplendor, resplandeciente de sudor y lágrimas, sumida en una lucha imposible contra el Sol, más Luna y más bella que nunca.

Y al abrir los ojos sigues ahí; apoyada en mi pecho, cubriendo mi desnudez con la tuya, haciéndome cosquillas con tus indomables crines mientras nuestros arrítmicos corazones cabalgan a destiempo, con la banda sonora de la lluvia en la ventana. El

brazo empieza a dormírseme y la gotera del techo filtra pequeñas gotas que, caprichosas resbalan por tus glúteos dibujando tus curvas, aprendiéndose el camino de tus nalgas. Y así pasamos el resto de la mañana, tú haciéndote la dormida y yo fingiendo creérmelo, casi sin respirar, sin mover un solo músculo, pensando que esto es la vida: Agujeros en el techo, gotas en busca del paraíso perdido de tus muslos, y dos corazones, descompasados, uno sobre otro, a la carrera.

Sobre las cuatro tus muslos ya están empapados, las vejigas llenas y los estómagos vacíos. Pero nos asusta movernos, nos sentimos dos siameses a punto de ser separados por un bisturí, terror a no volver a sentir el contacto de una piel fundida con la nuestra, miedo a estar solos, pánico a que fuera llueva demasiado, pavor a que no vuelva a llover... Paso mis manos por tu contorneada cintura, acariciándote, sintiéndote y me incorporo, lentamente, mientras tus piernas me rodean y caminamos pegados hacia la ducha, tú dibujando nubes en mi espalda, y yo respondiéndote con soles en la parte interna de tus muslos y algún mordisco en tu barbilla mientras memorizo el tamaño de tu cuerpo entre mis brazos, el camino de tus venusinas dunas, la tonalidad de tus labios... Preguntándome cómo llamaría un esquimal a ese tono irisado de tus ojos...

Y tú, en silencio, me hablas sin palabras, me hablas con los labios, con los ojos y con las manos, me hablas desplegando un gran repertorio de sonrisas cargadas de matices, me hablas en el lenguaje sacro del silencio, un lenguaje superior para decirme cosas que con palabras jamás hubieses podido insinuar. Y yo escucho absorto tus silencios, inhalando la esencia de tu nuca, admirando una sonrisa que aún no me habías mostrado, una sonrisa pícara, casi imperceptible en los labios y descarada en los ojos que brota a borbotones por todos tus poros, tatuándome con tu aliento tibio mi congelado sudor.

Y paso la mano llena de jabón por tu cuerpo, sintiéndote, memorizando la Vía Láctea de tus lunares. Y tú te vas dejando hacer mientras dibujas constelaciones en el vaho de la mampara. Y de vez en cuando te rozo alguna herida y te estremeces en silencio. Entonces paro de lavarte y te acaricio despacio, con cuidado, canturreándote algo al oído. Y tú me abrazas y me llenas los ojos de jabón y la boca de besos, dejándome un sabor a sangre y cloro que me hace entender cómo te sientes. Y yo sigo susurrándote al oído y tú sigues llorando, y el jabón cada vez me escuece más en los ojos y la boca cada vez nos sabe más a sangre. Y, con espuma, construyo un templo maya donde adorarte, pero el agua caliente se acaba, y te envuelves en una toalla morada y te quedas quieta,

muy quieta, observándote en el espejo, acariciándote con los ojos, asegurándote de que todo sigue ahí.

En esos momentos hubiese firmado una vida entera a tu lado si alguien me hubiese asegurado que siempre existiría una puerta abierta por la que salir o unas sábanas bajo las que esconderme...

Sentado, sentado sobre la cama te observo ponerte las medias mientras canturreas algo inventado y te recoges el pelo, torpemente, sin ser consciente de la belleza que irradia tu luminoso cuello al descubierto. Y te miras las heridas, las maquillas, y después decides desmaquillártelas otra vez, y te pones las gafas de sol y te las quitas y te inclinas sobre la cama y acercas tus hinchados labios a mi frente, despacio, muy despacio, reconociendo tu olor en mí, rozándome la piel y el alma en un maternal beso que sabe a despedida y miedo.

Y me dejas solo, saboreando el beso, imaginando el ramo de flores que te espera sobre la mesa de tu casa, tal vez atadas con un lazo morado, a juego con tu cuerpo. Y entre los pétalos una disculpa estúpida. Y tu beso de caramelo juguetea todavía con mi lengua mientras intuyo la tristeza que te van a causar esos tallos arrancados, atados vilmente a modo de bouquet, pétalos anónimos, condenados a morir entre efímeros suspiros burgueses. Y te veo a ti arrancándolos uno a uno, devolviéndoles su identidad mientras, solemne, los lanzas al viento, y lloras, lloras al ver que se van y que el viento no te acepta en su enigmático viaje, que el jarrón te reclama sobre la mesa.

Y te pondrás a escribir una de tus inútiles listas sobre cualquier cosa, y te desesperarás buscando un boli que escriba entre los cientos que tienes acabados, que te estorban, que te pesan, pero que tienes claro que si te deshaces de ellos algo terrible te pasará... Y tal vez te atrevas a tirar varios, intentando escapar de tus manías, desafiando al destino, deshaciéndote de aquello que te molesta... Y a los diez minutos correrás hacia el cubo de la basura y con lágrimas en los ojos los rescatarás de nuevo haciendo gala de tu mágica irracionalidad.

Y yo mientras sentiré una vez más la necesidad imperiosa de orientarme, y pasaré el resto del día buscando mi Brújula, sabiendo que la has podido esconder en cualquier lado, ya que tu universo se rige por otros elementos: comes cuando tienes hambre y coges el bus sin mirar el número, solo por que el conductor te recuerde al hombre que vende moniatos en la esquina. A veces te dejas llevar por el viento hasta un callejón sin

salida, y solo allí comprendes que te has perdido con el objetivo de preguntar a la primera señora gorda con sombrero rojo que pase como llegar a la otra punta de la ciudad donde yo debo llevar horas esperándote...Pero yo nací sin ese espíritu salvaje querida, y el hecho de no saber dónde está el norte me desconcierta casi tanto como a ti decirte donde está. Y así pasaré las horas, poniendo la casa patas arriba, buscando la maldita brújula con un nudo en el estómago, como si su pérdida supusiese la mía propia. Al final llegará un momento en que desista por cansancio y una angustia infantil empezará a apoderarse de mí. E iré a la tienda de antigüedades a comprar otra y el tendero me mirará con una sonrisa irónica mientras comenta que gracias a ti cada día vende más brújulas. Y volveré a casa algo más tranquilo, pero sin dejar de buscarte entre las gotas de lluvia, oliéndote en la tierra mojada, perdiéndome entre yerbitas, buscándote entre los caracoles...

Y al llegar a casa volveré a tener la necesidad de sentir como tus besos me mecen en la concavidad de tu luna, de saciar mi sed hasta en el último de tus planetas, de observar en el espejo la elipse imposible en la que se funden nuestros cuerpos entre eclipses de labios y piel...Pero tú no estarás, ya que nunca te pedí que te quedases y sentiré miedo, miedo sin tus luciérnagas alumbrándome, miedo sin tu nana de muelles oxidados, miedo a los polisémicos juegos del querer, miedo a que fuera no llueva demasiado...

TÍTULO: Las dos caras de la lluvia

Pseudónimo: Magritte.

Categoría: Relato "A"